

***La situación en Inglaterra***  
**Federico Engels**  
**Febrero de 1844**

(Tomado de Karl Marx y Arnold Ruge, *Los anales franco-alemanes*, Ediciones Martínez Roca, S.A.,  
Barcelona, 1970, páginas 190-222; también para las notas)

*Pasado y presente* de Thomas Carlyle, Londres, 1843<sup>1</sup>

De entre los gruesos volúmenes y opúsculos sutiles publicados el año pasado para esparcimiento y educación de las “personas cultas” en Inglaterra, el escrito que nos ocupa es el único que vale la pena leer. Todas las novelas en varios tomos, con sus complicaciones tristes o alegres, los comentarios moralistas o meditaciones, doctas o no, sobre la Biblia (novelas y libros moralistas constituyen la mercancía de moda de la literatura inglesa), todo ello puede dejarse a un lado tranquilamente. Quizá pueda encontrarse algún libro de geología o economía, de historia o de matemáticas que contenga alguna novedad; pero se trata de cosas que se estudian, no de cosas que se leen, se trata de árida ciencia para profesionales, ciencia estéril, plantas cuyas raíces hace tiempo fueron arrancadas del terreno humano del cual extraían su alimento. Búsquese cuanto se quiera, el libro de Caryle es el único que toca cuerdas humanas, que representa relaciones humanas y sigue la huella de una humana concepción.

Resulta sorprendente comprobar cómo las clases elevadas de la sociedad, lo que los ingleses llaman su *respectable people, the better sort of the people*<sup>2</sup>, se han sumido, en Inglaterra, en una auténtica decadencia. Toda energía, toda actividad, todo contenido, han desaparecido; la nobleza de sangre va de caza, la nobleza de toga escribe libros inútiles y, todo lo más, se arrastra entre una literatura igualmente vacía y sin significado. Los prejuicios políticos y religiosos se transmiten de una generación a otra; hoy día, todo se recibe ya elaborado y ya no es preciso como antaño preocuparse por los principios; desde la misma cuna nos lo encontramos preparados, no sabemos siquiera de dónde vienen ¿Qué más queremos? Hemos gozado de una esmerada educación, es decir, hemos sido infructuosamente atormentados en las escuelas con los griegos y romanos, además, somos “respetables”, es decir, posemos unos miles de libras esterlinas, de modo que sólo nos esforzaremos por encontrar una buena esposa si es que todavía no la tenemos.

¿Y este fantasma que la gente llama “espíritu”? ¿Cómo podría el espíritu descender a una vida similar y, si descendiera, dónde encontraría acomodo, por parte de todos ellos? Allí todo está establecido y medido al modo chino: ¡Ay de aquel que sobrepasase los estrechos límites! ¡Pobre y tres veces pobre de quien choque con el antiguo y venerable prejuicio! Nueve veces pobre si se trata de prejuicio religioso. Para cada pregunta sólo existen dos respuestas: una respuesta *whig* y una respuesta *tory*, repuestas ambas que fueron formuladas por sabios maestros de ceremonia de los respectivos partidos; no hay ninguna necesidad de reflexiones o complicaciones, todo está

---

<sup>1</sup> Cfr. Thomas CARLYLE, *Past and Present*, London, 1843.

<sup>2</sup> “Gente respetable” y “los mejores estratos de la población”.

hecho, ya lo ha dicho Dicky Cobden o Lord John Russel, y Bobby Peel o el “duque” por excelencia, es decir, el duque de Wellington<sup>3</sup>, así lo dijo y así será.

Vosotros, complacientes alemanes, tenéis que exigir de los periodistas y de los representantes liberales del pueblo que os digan el tipo de gente extraordinaria o lo independientes que son los ingleses, y todo ello debido a sus libres instituciones. Eso, desde lejos se ve bastante bien. Los debates en las dos cámaras del parlamento, la libertad de prensa, las tempestuosas asambleas populares, las elecciones, los jurados no dejan de hacer su impacto sobre el tímido temperamento de Michel<sup>4</sup>, y en su admiración toma por oro reluciente todo aquello que no es sino apariencia. Pero, en definitiva, el punto de vista del periodista liberal y del representante del pueblo no es todavía lo suficientemente elevado como para asegurar una amplitud de miras, tanto con respecto al desarrollo de la humanidad como con respecto al de la nación en particular. En su tiempo la constitución inglesa fue bastante buena, llegando, incluso, a hacer mucho bien; más aún, desde 1828 tiene iniciada su mejor acción: trabajar por su propia destrucción, aunque sin haber realizado nada de lo que el liberal le atribuye. No ha convertido a los ingleses en personas cultas: los ingleses, o lo que es lo mismo, los ingleses cultos, a los cuales en el continente se les considera representativos del carácter nacional, son los más despreciables esclavos que jamás hayan existido bajo la luz del sol. Sólo aquella parte de los ingleses desconocida en el continente, los parias de Inglaterra, los pobres, son realmente respetables, a pesar de su falta de educación y su falta de moral. En ellos reside la esperanza de la salvación inglesa, en ellos reside la única materia educable de Inglaterra; carecen de cultura, pero también de prejuicios, tienen fuerzas que gastar en una empresa nacional: todavía tienen futuro. La aristocracia (que hoy comprende también a las clases medias) está agotada; el contenido intelectual que tenía para gastar ha sido llevado a la práctica y aprovechado hasta el final, y su reino se dirige a grandes pasos hacia el final. Su obra es la constitución, y la última consecuencia de dicha obra es la recién tejida red de instituciones con la que impedir a sus creadores cualquier libre movimiento espiritual. El dominio del prejuicio público es la primera consecuencia de las llamadas libres instituciones políticas, y dicho dominio es, en el país políticamente más libre de Europa, en Inglaterra, más fuerte que en cualquier otro, exclusión hecha de América del Norte, donde mediante la ley de *Lynch*<sup>5</sup>, el prejuicio público ha sido legalmente reconocido como poder del estado. El inglés se humilla frente al prejuicio público, a él se sacrifica cotidianamente, y cuanto más liberal es, más humilde se arrastra por el polvo frente a su ídolo. Pero en los “círculos cultos” el prejuicio público es *wigh* o *tory*, raramente radical, y si se da este último caso, ya no es inmune a las sospechas. Probad a correr la voz entre los ingleses cultos de que sois cartista o demócrata, inmediatamente se comenzará a dudar de la salud de vuestro intelecto y a huir vuestra compañía. O también, declarad que no creéis en la divinidad de Cristo, y seréis traicionados y vendidos, confesad, finalmente que sois ateos, y al final del día siguiente se os tratará como a un desconocido. Y el independiente inglés, si alguna vez se pone a pensar realmente, lo cual resulta bastante infrecuente, se sacude el yugo de los prejuicios mamados con la leche materna, tampoco entonces tendrá el valor necesario para expresar libremente sus convicciones, también entonces fingirá, frente a la opinión pública, que profesa opiniones toleradas, contentándose quizá con poder hablar de vez en cuando libremente con quien sabe que piensa como él.

---

<sup>3</sup> Richard Cobden (1804-1865), famoso librecambista; Lord John Russel (1792-1878) dirigente whig y primer ministro de 1846 a 1852. Sir Robert Peel (1788-1850) primer ministro de 1841 a 1846; Arthur Wellerley duque de Wellington (1769-1852): había sido primer ministro de 1828 a 1830.

<sup>4</sup> El *Deutscher Michel*, se refiere al típico bien pensante alemán burgués.

<sup>5</sup> La *Lynch Law* facultaba a civiles no autorizados para procesar y ejecutar a los delincuentes.

De modo que las clases cultas en Inglaterra están negadas para cualquier tipo de progreso y sólo pueden moverse, quizás, a impulsos de las clases trabajadoras. No hay que esperar, por lo tanto, que el literario pan de cada día de esa cultura senil sea diferente de lo que es. Toda la literatura de moda se reduce a un eterno círculo y resulta tan aburrida y estéril como la sociedad de moda, blasonada y desangrada.

Cuando la *Vida de Jesús* de Strauss<sup>6</sup> y su fama atravesaron el Canal de la Mancha ninguna persona normal se atrevió a traducir el libro, ningún editor importante osó imprimirlo. Finalmente lo tradujo un *lecturer* socialista (es decir, un hombre de características lo menos de moda del mundo) lo publicó en fascículos de a penique un insignificante editor socialista y los trabajadores de Manchester, Birmingham y Londres fueron el único público de Strauss en Inglaterra.

Si, además, de los dos partidos en que se divide la clase culta, alguno tiene cierta ventaja, es el de los *tories*. En la situación social inglesa, el *whig* es, a su vez demasiado partido para poder gozar de cierto prestigio; la industria, el centro de la sociedad inglesa, está en sus manos y, lo enriquece; el partido considera a la industria inmaculada, y considera su expansión el único fin legítimo de toda legislación, puesto que la industria le proporcionó riqueza y poder. Por el contrario, el *tory*, cuya potencia y soberanía han sido sacudidos por ella, la odia y la considera, todo lo más un mal necesario. Por eso se constituyó aquella sección de *tories* filántropos, cuyos jefes principales son Lord Ashley, Ferrand Walter, Oastler<sup>7</sup>, etc., los cuales se han comprometido a defender a los trabajadores de las fábricas contra los industriales.

Thomas Carlyle es también, en sus orígenes, un *tory* y sigue estando, en cualquier caso, más cerca de ese partido que de los *whigs*. Por lo que sabemos, un *whig* nunca hubiera escrito un libro que contuviese la mitad de humanidad que hay en *Pasado y presente*.

Thomas Carlyle es conocido en Alemania por sus esfuerzos por hacer accesible a los ingleses la literatura alemana. Desde hace varios años se ocupa principalmente de la situación social inglesa (el único de entre los hombres cultos de su país que lo hace) y ya en 1838 escribió una obrilla: *Cartismo*<sup>8</sup>. En aquel tiempo los *whigs* estaban en el poder y proclamaban solemnemente que el “fantasma” del cartismo, surgido alrededor de 1835, había sido ahuyentado. El cartismo era la continuación natural del viejo radicalismo, obligado a guardar silencio durante una buena temporada por la *Reform bill* y que, a partir de 1835-36 reapareció con nueva fuerza y características más acusadas que antes. Los *whigs* creían haber aplastado ese cartismo y Thomas Carlyle aprovechó la ocasión para describir las causas reales del cartismo y demostrar la imposibilidad de destruirlo sin haber atacado primeramente las causas que lo produjeron. El punto de vista de este libro venía a ser, más o menos, el mismo que el sostenido en *Pasado y presente*, pero con tintes *tories* más acusados, originados por la circunstancia de que los *whigs* estaban en el gobierno y resultaban más directamente aludidos por la crítica. En cualquier caso, *Pasado y presente* contiene todo lo que estaba ya contenido en aquel librito, pero expuesto en forma más clara, mejor desarrollado y una delineación más precisa de las consecuencias, lo que nos exige, pues, de realizar una crítica del *Cartismo*.

---

<sup>6</sup> Cfr. David Friedrich STRAUSS, *Das Leben Jesu, Kritisch bearbeitet*, Tübingen, 1835.36.

<sup>7</sup> Lord Anthony Ashley Cooper Shaftesbury (1801-1885), político inglés, fue uno de los promotores del “movimiento de las diez horas”; William Busfiel Ferrand (nacido en 1809), socialreformista, participante en el movimiento de las diez horas, luchó contra la *Poor Law*; John Walter (1776-1847), editor y redactor del *Times*; Richard Oastler (1789-1861), contrario a las tesis del libre comercio, propugnador de la jornada de diez horas.

<sup>8</sup> Cfr. Thomas CARLYLE, *Chartism*, London, 1840.

*Pasado y presente* es un paralelo entre la Inglaterra del siglo XIII y la del XIX, dividido en cuatro partes que se titulan: *Proemio*; *El monje de la antigüedad*; *El trabajador de la época moderna*; *Horóscopo*.<sup>9</sup> Examinemos ordenadamente cada una de estas partes. No podemos resistir a la tentación de traducir los párrafos más bellos, con frecuencia extraordinariamente bonitos, del libro. La crítica pensará por sí misma.

El primer capítulo del Proemio se titula: *Midas*.<sup>10</sup>

“La situación inglesa se considera, y con razón, una de las más amenazadoras y, en general, una de las más singulares que nunca se hayan visto en el mundo. Inglaterra está llena de riquezas de todas clases, sin embargo, en Inglaterra se muere de hambre. Con vigor eternamente igual el suelo inglés verdea y florece, ondeando, a la par que sus espigas doradas, densamente poblado de oficinas, instrumentos artesanales de todo tipo, quince millones de trabajadores que tendrían que ser los más fuertes, los más hábiles y voluntariosos que hayan existido sobre la tierra; estos hombres están aquí; el trabajo que realizan, los frutos que producen, por todas partes en vigorosa plenitud son superabundantes: y, sin embargo, el nefasto imperativo de un encantador pesa sobre él y dice: no lo toquéis, vosotros, trabajadores, vosotros señores que trabajáis, vosotros señores en paro; nadie tiene que tocarlos, ninguno de vosotros debe gustar de ellos; se trata de un fruto embrujado.”

Dicho imperativo pesa, en primer lugar, sobre los trabajadores. En 1842 Inglaterra y Gales contaban con 1.430.000 pobres, de los cuales 222.000 estaban hospedados en asilos para pobres (Bastillas de la ley de los pobres, los llama el pueblo). Gracias a la humanidad de los *whigs*, Escocia carece de una ley para los pobres, pero tiene pobres en masa. Por lo demás, Irlanda puede airear la monstruosa cifra de 2.300.000 pobres.

“Ante la Corte de Stockport (Cheshire) un padre y una madre fueron acusados y declarados culpables del envenenamiento de sus tres hijos, llevado a cabo para hacerse fraudulentamente, con las tres libras y ocho chelines, pagables a la muerte de cada uno de sus hijos por una compañía de pompas fúnebres; y las autoridades gubernativas informaron entonces que no se trataba de un caso aislado y que quizá fuese mejor no profundizar demasiado en el asunto. Ejemplos tales son similares a una altísima montaña que se yergue en el horizonte, alrededor de la cual se extiende una zona también plagada de montañas y de terreno sin descubrir-. Una madre y un padre, seres humanos, hablan entre sí: ¿Qué tendremos que hacer para escapar a la muerte por inanición? Estamos aquí abajo, en lo más profundo de nuestra oscura cantina, las ayudas están lejos. Ah, en la torre del hambre de Ugolino ocurren cosas gravísimas, el amadísimo hijo Godda<sup>11</sup> ha caído muerto en las rodillas del padre. Los padres de Stockport reflexionan y dicen, si nuestro pobre, pequeño, hambriento Tom, que llora durante todo el día porque quiere pan, que en este mundo verá solo mal y nunca el bien, dejase repentinamente de sufrir, quizás nosotros podríamos seguir viviendo. Pensado, dicho y hecho. Y ahora Tom está muerto y todo ha sido gastado y consumido. ¿Le toca ahora el turno al pobre, pequeño, hambriento Jack o al pobre, pequeño, hambriento Will? ¡Qué meditación es esta! En las ciudades sitiadas a la caída de Jerusalén, que había incurrido en las iras del Señor, ya había sido profetizado: las madres de las infelices mujeres cocinaron a sus propios hijos. La más hosca fantasía de los hebreos no podía imaginarse un abismo más negro de miseria, se trataba del último abismo del hombre degradado y maldito de Dios; y nosotros aquí, en la moderna Inglaterra, en la plenitud de nuestra riqueza, ¿Adónde hemos sido

---

<sup>9</sup> Cfr. Thomas Carlyle, *Past and Present*, London, 1843, Book I, *Proem*; Book II, *The Ancient Monk*; Book III, *The Modern Worker*; Book IV, *Horoscope*.

<sup>10</sup> Cfr. *Past and Present*, cit., cap., I, *Midas*, pp. 1-8.

<sup>11</sup> Así en el original. *Recto*: Gaddo, hijo del personaje dantesco Ugolino.

capaces de llegar? ¿Cómo ha podido suceder? ¿De dónde viene y por qué tiene que ser así?”

Todas estas cosas sucedían en 1841. Puedo añadir que hace cinco meses ha sido ahorcada en Liverpool una tal Betty Eules de Bolton, que por idénticos motivos había envenenado a tres hijos propios y dos adoptivos.

Esto por lo que se refiere a los pobres. Pero ¿Qué sucede con los ricos?

“Esta victoriosa industria, con su hinchada riqueza hasta el momento, no ha enriquecido a nadie. Podemos gastar mil allí donde invertimos cien, pero con todo eso no podemos adquirir nada que sea útil. Algunos pueden alimentarse a base de manjares exquisitos beber vinos preciadísimos, pero ¿es acaso esa la mayor de las bendiciones? ¿Acaso son más bellos, mejores, más fuertes o valientes? ¿Acaso son lo que se llama “felices”?”

Quien trabaja ya no es feliz, el ocioso, es decir, el propietario de la tierra, ya no es feliz: de modo que “¿para quién es esa riqueza, la riqueza de Inglaterra? ¿Quién se ha beneficiado de ella? ¿A quién convierte la riqueza en más hermoso, más feliz o más inteligente? Por el momento a nadie. Nuestra victoriosa industria, hasta ahora no ha tenido ningún éxito; el pueblo muere de hambre en medio de la abundancia; entre dorados muros y graneros llenos nadie se siente seguro o satisfecho. Midas suspiraba por el oro y maldijo contra el Olimpo. Obtuvo el oro. Todo lo que tocaba se convertía en oro, sin embargo, de bien poco le valió todo eso con sus orejas de asno. Midas había calumniado la música celeste. Había ofendido a Apolo y a los dioses y los dioses atendieron su deseo y añadieron un par de largas orejas, un apéndice apropiado ¡Cuánta verdad en esa fábula!”.

“¿Qué cierta es [continúa en su segundo capítulo] aquella antigua fábula de la Esfinge;<sup>12</sup> la Naturaleza es la Esfinge, una diosa, pero todavía no completamente liberada, todavía a medias inmersa, en la animalidad, en la nada espiritual; orden, sabiduría, por un lado, pero también obscuridad, salvajismo, destino ineluctable.”

La Esfinge-naturaleza (misticismo alemán, dicen los ingleses cuando leen ese capítulo) tiene una pregunta para cada hombre y para cada tiempo: feliz aquél que sabe responderla correctamente; el que no responde, o lo hace de forma equivocada, obtiene a cambio la parte bestial y salvaje de la Esfinge, en lugar de una bella esposa encuentra en ella la leona feroz. Otro tanto sucede con las naciones ¿Podéis resolver el enigma del destino? Todos los pueblos infelices, del mismo modo que los individuos infelices, han contestado equivocadamente, han tomado la apariencia por la verdad, han tomado los eternos hechos internos del universo como fenómenos externos y transitorios; esto es lo que ha hecho también Inglaterra. Como dice el autor más adelante, Inglaterra ha caído en manos del ateísmo, y la situación en que hoy se encuentra es la consecuencia lógica de esa caída. Después hablaremos de este asunto; por el momento nos limitamos a observar que Carlyle podría haber llevado la comparación de la Esfinge más adelante todavía, si es que se la quiere aceptar en su sentido paleo-panteísta schellinguiano arriba mencionado; como en la leyenda, la solución del enigma es hoy el hombre, y es la solución en su sentido más completo. También esto tendrá su respuesta. El capítulo siguiente nos proporciona la siguiente descripción de la insurrección de Manchester<sup>13</sup>, en agosto de 1842:

“Un millón de trabajadores hambrientos irrumpieron en las calles y en ellas permanecieron ¿qué otra cosa podía hacer? Sus injusticias y sus acusaciones eran amargas e intolerables, su furor, justificado, pero ¿quién ha provocado esas acusaciones? ¿Quién quería solucionarlas? No sabemos quiénes o qué son nuestros enemigos; no sabemos dónde están nuestros amigos. ¿Cómo vamos a poder atacar a alguien, matar a alguien, o

<sup>12</sup> Cfr. *Past and Present*, cit., cap. II, *The Sphinx*, pp. 9-18.

<sup>13</sup> Cfr. *Past and Present*, cit., cap. III, *Manchester Insurrection*, pp. 19-29.

dejar de matar a alguien? Oh, si esta maldita pesadilla, que invisible oprime nuestra vida y la de nuestros semejantes, asumiese una figura, si quisiese hacernos frente como un tigre, como Behemoth del caos, como el mismo enemigo capital, en una figura cualquiera pero identificable.”

En eso consistía, precisamente, la desgracia de los trabajadores en aquella rebelión del verano de 1842: no sabían contra quién tendrían que combatir. El suyo era un mal social, y los males sociales no pueden abolirse del mismo modo que se suprimen los privilegios o la monarquía. Los males sociales no pueden curarse a través de las cartas del pueblo, y esto lo sentía el pueblo; de no haber sido así, la Carta del Pueblo sería hoy la ley fundamental de Inglaterra. Los males sociales deben ser estudiados y conocidos, y la masa de los trabajadores, por el momento, no lo ha hecho. El gran fruto de la rebelión fue que el problema vital de Inglaterra, el problema de la definitiva suerte de la clase trabajadora, como dice Carlyle, fue puesto al alcance de cualquier mente inglesa. Hoy el problema no puede ser marginado, Inglaterra tiene que proporcionarle una solución o perecer.

Dejamos a un lado el capítulo final de esta sección, dejamos a un lado también, por el momento, toda la sección siguiente y pasamos a la tercera sección que trata de los trabajadores de la *época moderna*,<sup>14</sup> en donde se resume y toma cuerpo la situación inglesa, iniciada en el proemio.

Hemos rechazado, prosigue Carlyle, la religiosidad del Medioevo sin recibir nada a cambio; nos “hemos olvidado de Dios, hemos cerrado nuestros ojos a la esencia eterna de las cosas y los hemos dejado abiertos sólo para la apariencia engañosa de las cosas, nos tranquilizamos diciendo que este universo es un enorme e incomprensible interrogante y, visto desde fuera, una gran grey y una casa de trabajo, con gigantescas cocinas y comedores en los que sólo el astuto encuentra sitio; toda verdad de nuestro mundo es relativa, sólo la ganancia y el placer, el goce material y el aplauso fueron y siguen siendo verdades aceptables para el hombre práctico. Para nosotros ya no existe Dios de ninguna clase; las leyes de Dios se han convertido en el “principio de la mayor felicidad posible”, una intriga parlamentaria; el cielo ha pasado a ser un reloj astronómico, un coto de caza para el telescopio de Herschel<sup>15</sup> en donde se cazan resultados científicos y sentimientos, de acuerdo con el lenguaje de nuestro Ben Jonson<sup>16</sup>: el hombre ha perdido su alma, y solo ahora empieza a darse cuenta de la dicha pérdida. Este es el punto delicado, el centro del cáncer universal de la sociedad. No hay religión, el hombre ha perdido su alma y en vano busca una sal que le preserve de la corrupción. En vano la busca en la decapitación del rey, en la Revolución Francesa, en las *Reform Bills*, en las insurrecciones de Manchester, ya no hay remedio en nada, la lepra putrefacta, durante un instante contenida, vuelve una y otra vez más fuerte y desesperante.”

Pero dado que el puesto de la antigua religión no puede quedar vacante, en su lugar hemos colocado un nuevo Evangelio, un Evangelio que se corresponde a la nulidad y la vacuidad de nuestra época: el Evangelio de Mammón. Infierno y Cielo cristianos fueron abandonados, el primero por problemático, el segundo por carente de sentido, y habéis recibido un nuevo infierno; el infierno de la Inglaterra contemporánea es la conciencia de “no abrirse camino, de no ganar dinero”. “En realidad, con ese Evangelio hemos llegado a conclusiones bastante extrañas. La llamamos *sociedad* y, sin embargo, institucionalizamos en todas partes la separación y el aislamiento más totales. Nuestra vida no es un recíproco ayudarse, sino una mutua hostilidad, con determinadas leyes de guerra, competencia racional, etc., etc. Hemos olvidado completamente que la mera paga

---

<sup>14</sup> Cfr. *Past and Present*, cit., libro III, *The Modern Worker*, pp. 185-318.

<sup>15</sup> William Herschel (1738-1822), astrónomo inglés.

<sup>16</sup> Ben Johnson (1573-1637), famoso poeta y dramaturgo inglés.

no es el único nexo entre los hombres. ¿Mis trabajadores afamados? dice el rico industrial: ¿Acaso no los alquilé en el mercado, legal y honestamente? ¿Acaso no pagué mi correspondiente deuda, hasta el último céntimo? ¿Qué más tengo que compartir con ellos? Realmente, el culto a la riqueza es una triste fe.”

“Una pobre viuda de Edimburgo dirigióse a una institución benéfica de la que conseguir socorro para sí y para sus tres hijos. Fue expulsada con malos modos de todos los institutos, le fallaron las fuerzas y el valor; enfermó de tifus, murió y contagió a todos lo que vivían en su calle, de modo que murieron otras diecisiete personas. El humano médico que cuenta esa historia (el doctor W. P. Alison)<sup>17</sup> se pregunta: ¿No hubiera resultado mucho más económico ayudar a esta pobre mujer? Al enfermar, hizo que muriesen otras diecisiete personas. Es extraordinario. La desamparada viuda escocesa se dirige a sus semejantes: mirad, necesito ayuda, tenéis que socorrerme, soy una hermana vuestra, un miembro de vuestros miembros, un solo Dios nos creó. Y ellos respondieron: ¡Imposible! Tú no eres una hermana nuestra. Pero, a pesar de todo, ella demostró su parentesco. Su enfermedad los mató. Eran sus hermanos, aunque hubieran renegado de ella ¿Podríamos encontrar testimonio más mortificante?”

Dicho sea de pasada, Carlyle se equivoca aquí, como se equivocaba Alison. Los ricos no tienen ninguna compasión, ni muestran ningún interés por la muerte de los “diecisiete” ¿Acaso no es una pública ventura el que la “población superflua” haya disminuido en diecisiete personas? Si en lugar de esos diecisiete miserables, se hubiera tratado de un par de millones, todavía hubiese sido mucho mejor. Este es el razonamiento de los maltusianos ricos ingleses.

Pero todavía hay más. Evangelio peor que el diletantismo, creado por un gobierno que no hace, que ha quitado a los hombres la seriedad, impulsándoles a parecer lo que no son: la aspiración al “bienestar”, es decir a comer y beber bien, se ha entronizado la crasa materia, destruyendo todo contenido espiritual. ¿Qué puede derivarse de todo esto?

¿Y qué diríamos de un gobierno como el nuestro, que acusa a sus trabajadores de la “superproducción”? ¿Superproducción? ¿No es este el punto clave? Todos vosotros, fabricantes, todos vosotros habéis producido demasiado. Nuestra acusación es que habéis fabricado más de doscientas mil camisas para la desnudez de los hombres. Hasta los calzones que fabricáis, de terciopelo, algodón, cachemire, plaid, lienzo de Nankín, lana ¿no son, acaso demasiados? Sombreros y zapatos, sillas para sentarse y cucharas para comer, sí, y fabricáis incluso relojes de oro, joyas, tenedores de plata, aparadores, chifoniers y divanes: ¡Santo Cielo, todos los estantes del Howel & James son insuficientes para contener vuestros productos; habéis producido, producido, producido; el que quiera acusaros no tiene más que mirar a su alrededor: millones de camisas y pantalones vacíos penden inertes a nuestro alrededor a modo de testigos de cargo contra vosotros. Nosotros os acusamos de superproducción: vosotros sois los culpables de haber producido en asombrosa superabundancia, camisas, pantalones, sombreros, zapatos, etc., etc. Y ahora, a causa de todo eso sobreviene la crisis, y vuestros trabajadores tienen que morir de hambre.

“Lores y Gentlemen ¿De qué acusáis a esos pobres trabajadores? Ellos, señores míos, tenían la obligación de garantizar que no sobreviniesen las crisis; vosotros teníais que ocuparos de que el reparto por el trabajo realizado se hiciese ordenadamente, y que ningún trabajador quedase sin su salario, tanto en dinero contante y sonante como en soga de cáñamo; esa era, desde tiempo inmemorable vuestra tarea. Esos pobres tejedores han olvidado mucho de lo que tenían que haber pensado, de acuerdo con la ley interna y tácita de su posición, pero ¿qué ley *escrita* han olvidado? Habían sido destinados a fabricar

---

<sup>17</sup> Se trata del médico inglés William Pulteney Alison (1790-1850).

camisas, demasiadas camisas. Verdaderamente, se trata de una cosa nueva en el loco mundo en que vivimos, con sus novecientos millones de cuerpos desnudos. Pero, Lores y Gentlemen, vuestra tarea, impuesta por la sociedad, era la de seguir produciendo hasta que esas camisas estuvieran bien repartidas, y ¿en qué se ha quedado esa repartición? Dos millones de trabajadores sin traje o míseramente vestidos están en las bastillas que son los asilos de los pobres, otros cinco millones viven en bodegas dignas del hambre de Ugolino; y para poner remedio a todo eso, decís: incrementad *nuestras* rentas. Exclamáis en tono triunfal: por casualidad ¿estáis acusándonos? ¿queréis *cargar* sobre nosotros la responsabilidad de un exceso de producción? El cielo y la tierra son testigos de que nosotros no hemos producido absolutamente nada. En el vasto reino de la creación, no existe ni una sola camisa hecha por nosotros. No tenemos un ápice de culpa por lo que se produce. Por el contrario ¡Oh, ingratos! qué cantidad de cosas nos hemos visto obligados a “consumir”. Todas esas montañas ¿No han desaparecido acaso delante de nosotros, como si tuviésemos estómagos de avestruz y una especie de divina capacidad de consumo? ¡Ingratos! ¿acaso no habéis crecido a la sombra de nuestras alas? ¿No surgen vuestras inmundas fábricas sobre *nuestro* propio terreno? ¿Es que no tenemos que vender el trigo al precio que más nos agrada? ¿Qué pensáis que sería de vosotros si, nosotros, propietarios del suelo de Inglaterra decidiésemos no hacer crecer el trigo?”

Esa mentalidad de la aristocracia, esa bárbara pregunta: ¿Qué sería de vosotros si no fuésemos tan benignos como para hacer crecer el trigo? es la causante de las “dementes y desgraciadas leyes del trigo”; leyes del trigo tan dementes que lo único que se puede decir en su contra es que “harían llorar a un ángel en el cielo y a un asno sobre la tierra”. La ley del trigo demuestra cómo la aristocracia todavía no ha aprendido a dejar de provocar desgracias, a quedarse tranquila después y no hacer absolutamente nada, y ahora menos que nunca, a no hacer absolutamente nada de bueno; y, sin embargo, según Carlyle, ese sería precisamente su deber; “dada su posición está destinada a guiar y regir los destinos de Inglaterra, y todo trabajador de la casa de trabajo tiene derecho a preguntarles: ¿Por qué estoy aquí? Su pregunta será escuchada en el cielo, e incluso llegará a ser audible sobre la tierra, aunque no atendida. Su acusación va dirigida contra vosotros Lores y Gentlemen; vosotros estáis en la primera fila de los acusados, vosotros, dada la posición que ocupáis y asumís, sois los primeros obligados a responder. El destino de la aristocracia que se pudre en el ocio puede leerse, como en un horóscopo, en las leyes del trigo y similares; es un abismo que llena el alma de desesperación. Sí, mis rubicundos hermanos que practicáis la caza de la zorra, con vuestros rostros frescos y amables, con vuestra mayoría sobre las leyes del trigo *sliding-scales*, aranceles, elecciones corrompidas y fuegos triunfales en Kent, arrojad una vigilante mirada sobre los espantosos cuadros de la caída, demasiado espantosos como para ser dichos, un manuscrito Mene-Mene;<sup>18</sup> Dios mío, ¿Acaso la ociosa aristocracia francesa decía lo mismo, hace apenas cincuenta años?: no podemos existir, no podemos seguir vistiéndonos, exhibirnos como corresponde a nuestro rango; nuestra renta de la tierra ya no nos basta, tenemos que tener más de lo que tenemos, se nos tiene que dispensar del pago de tasas y debemos instituir una ley del trigo que aumente nuestra renta de la tierra. Esto sucedía en 1789, y cuatro años más tarde ¿no oísteis hablar de la tenería de Meudon donde los desnudos se vestían con trajes confeccionados con piel humana? Que el cielo misericordioso aleje de nosotros tan negro presagio; nosotros podemos ser más inteligentes para no acabar siendo tan miserables”.

La aristocracia que trabaja se desarrolla entre la aristocracia sumida en el ocio, y con su “mammonismo” también a ella le espera un triste fin. “Parece que la gente del continente exporta nuestras máquinas, teje el algodón y fabrica para sí, nos expulsa de

---

<sup>18</sup> Legendario manuscrito, anunciador de grandes desgracias.

todos los mercados. Noticias tristes, pero, con mucho, no las que más. Lo más triste, como he oído decir, es que tenemos que ver nuestra existencia nacional subordinada a nuestra capacidad de venta de tejidos de algodón un pico por metro más barato que el resto de los pueblos. ¡Miserable estado el nuestro para una nación tan grande! Un estado que, por lo que a mí me parece, a pesar de la introducción de todas las posibles leyes del trigo, a la larga no va a poder sostenerse. Ninguna nación importante puede sostenerse así sobre la cúspide de una pirámide, elevándose cada vez más, empujándose sobre las puntas de los pies. En definitiva, este Evangelio de la riqueza con su infierno de la ganancia no lograda, oferta y demanda, competencia, libertad de comercio, “*laissez faire* y que el diablo cargue con el resto”, empieza a convertirse poco a poco en el Evangelio más digno de lástima que jamás haya sido predicado sobre la faz de la tierra. Y aunque las leyes del trigo fueran suprimidas mañana, tampoco habríamos llegado al final, quedaría todavía campo libre para empresas de toda clase. Una vez abolidas las leyes del trigo, liberalizado el comercio, es cierto que cesaría la actual contracción de la industria. Volveríamos a gozar de un período de empresas comerciales y de florecimiento general; el nudo corredizo de la carestía se aflojaría alrededor de nuestro cuello, tendríamos espacio para respirar y tiempo para reflexionar y arrepentirnos, y un tiempo tres veces más precioso para combatir, como si se tratase de nuestra vida, y reformar nuestro equivocado camino, enseñar a nuestro pueblo, educarle y gobernarle; proporcionarle un poco de alimento espiritual, una guía auténtica y un gobierno: sería una era impagable. Efectivamente, nuestro nuevo período de florecimiento se demostrará y, desgraciadamente tendrá que demostrarse según el antiguo método de la “concurrencia y que el diablo cargue con el resto”, sólo paroxismo y, probablemente, para nosotros, el último. De hecho si nuestra industria se duplicase en veinte años, nuestra población también se duplicaría en ese mismo período de tiempo; y volveríamos a estar en el mismo punto del principio, solo que seremos el doble que antes y también doblemente, mejor dicho, diez veces más indomables. ¡Ay, dónde hemos ido a caer al final de este zarandeo por la inmensidad de los tiempos! donde los hombres se mueven como cadáveres galvanizados, con los ojos inmóviles y vacíos, sin alma, sólo con una febril capacidad industrial y un estómago para digerir. Doloroso resulta el espectáculo del hambre desesperada en las fábricas de algodón, en las minas de carbón y entre los asalariados agrícolas de Chandosse, pero con todo, menos doloroso, para el pensador que esa brutal y sacrílega filosofía de la pérdida y la ganancia, y de toda esa inteligencia vital de la que oímos hablar por todas partes, en las sesiones del Senado, en las disputas de los círculos, en los artículos de fondo de los periódicos, en los púlpitos y tribunas, proclamada como Evangelio definitivo y digna práctica de la vida humana.”

“Me atrevo a creer que, en ninguna época, desde los principios de la sociedad, la suerte de las multitudes, mudas y explotadas, haya sido tan intolerable como hoy. Ni la muerte ni el hambre convierten al hombre en miserable; todos nosotros tenemos que morir, todos nosotros haremos nuestro último viaje en el carro de fuego del dolor; pero ser mísero sin conocer la razón, trabajar hasta el agotamiento por y para nada, tener el corazón consumido y cansado y estar sin embargo aislados, huérfanos, rodeados de un gélido *laissez faire*, morir lentamente durante todo el curso de la vida, emparedados por una sorda, muda e infinita injusticia como en el vientre maldito del toro de Falarides, esto es y seguirá siendo intolerable para todos los hombres creados por Dios. ¿Y nos maravillamos de una Revolución Francesa? ¿de la gran semana? ¿del Cartismo inglés? Realmente, a poco que reflexionemos, qué singulares resultan los tiempos que vivimos.”

Si en tiempos tan singulares la aristocracia se demuestra incapaz de dirigir la cosa pública, es necesario removerla. De ahí la necesidad de la democracia.

“Con sólo abrir los ojos, todo el que quiera puede ver la difusión y qué tipo de difusión ha logrado la democracia, la insidiosa prisa, siempre creciente, con que procede

en cualquier campo de las relaciones humanas. Del fragor de las batallas napoleónicas a la salmodia de una reunión pública de comunidad en St. Mary Axe, todo anuncia la democracia.”

Pero ¿qué es en definitiva esto de la democracia?

“Ni más ni menos que la falta de jefes que podrían guiaros, y el sacrificio en esa irremediable carencia, el intento de arreglárselas sin ellos. Libre e independiente lector; nadie te oprime, ¿pero es que no te oprime, quizá, ese estúpido jarro de cerveza? Ningún hijo de Adán te manda ir o venir: pero ese absurdo jarro, pesado licor (*Heaw wet*) puede hacerlo y lo hace. Tú no eres el siervo de la gleba de Cedric<sup>19</sup>, el Sajón, sino de tus propios impulsos animales ¿y sigues hablando de libertad? ¡Cretino integral! La representación de acuerdo con la cual la libertad de cada uno consiste en el hecho de poder usar la propia voz en las elecciones y decir: ¿Ves? También yo, ahora, para un ventimillonésimo soy un orador de nuestra Asamblea Nacional de charlatanería ¿Por qué razón los dioses no van a estar de mi parte? Esa representación es una de las más tontas del mundo. Además, la libertad que se adquiere por el hecho de encontrarse recíprocamente aislado, por el hecho de no tener nada que hacer con los demás si no es a través del dinero y los libros mayores, esa libertad, al final, se revela para miles y miles de trabajadores, como la libertad para morir de hambre, y la libertad de *puadirse* para decenas de miles de vagos. Hermanos, después de varios siglos de gobierno constitucional, nosotros todavía sabemos algo de lo que significa la libertad y de lo que significa la esclavitud. Pero la democracia seguirá su curso libremente, los millones de trabajadores en su necesidad de vivir, en su instintivo, apasionado anhelo de una guía, rechazarán la farsa y durante un instante esperarán que les baste con su carencia; pero sólo por un instante. Podéis rechazar la opresión de vuestras falsas autoridades: no os maldigo, sólo os compadezco y os prevengo; pero hacedlo y el gran problema seguirá todavía sin resolverlo, el problema de encontrar una directriz, una guía, entre vuestras auténticas autoridades.”

““La guía, tal y como hoy la vemos, es desde luego miserable”. En el último Comité parlamentario sobre la corrupción, la opinión de las más sanas y prácticas cabezas era la de que parecía imposible evitar la corrupción y que, bien o mal, tendríamos que tratar de ir tirando sin elecciones honestas. ¿Qué tipo de legislación puede dictar un parlamento que se declara a sí mismo elegido o elegido mediante la corrupción? Corrupción no significa sólo venalidad, sino también deshonestidad, engaño descarado, broncea insensibilidad en relación con la mentira y la instigación a la mentira. Pero sed honestos, instaurad en *Downing Street* un colegio electoral de acuerdo con los impuestos ciudadanos: tanta población, paga tanto de impuestos sobre las entradas, el valor de las casas es tanto, elije dos diputados, elije un diputado, que puede obtenerse con tanto y tanto dinero; Ipswich, tantos miles de libras esterlinas, Nottingham tantas. así os vais deliciosa y honorablemente arreglando con la compra, sin mentiras. Nuestro parlamento se declara elegido y elegible mediante la corrupción ¿Qué será de ese parlamento? Cuando ni Belial ni Belcebú rigen el mundo, un parlamento así se prepara para nuevos *Reform Bills*. Pero nosotros preferimos probar el Cartismo a cualquier otro sistema, antes que contentarnos con éste. Un parlamento que se inicia con la mentira en la boca, se cava la fosa a sí mismo. En cualquier momento, cualquier día, en cualquier hora puede surgir un cartista, Cromwell armado cualquiera que intente a dicho parlamento: ‘Vosotros no sois parlamento. En Nombre del Omnipotente, ¡Marchaos!’”

Ésta es, según Carlyle, la situación inglesa; una putrefacta aristocracia terrateniente a que “todavía no ha aprendido a estarse tranquila, al menos, a no suscitar desgracias, una aristocracia trabajadora hundida en el afán de lucro; una aristocracia que

---

<sup>19</sup> Recte: *Cedric* caudillo sajón que conquistó la Britania Meridional en los siglos V y VI.

tendría que ser una asociación de dirigentes de trabajo, de “capitanes de industria”, se reduce a un montón de bucaneros, de piratas de la industria, un parlamento elegido mediante la corrupción, una filosofía de la vida basada en el mero ser espectadores, en el no hacer nada, en el *laissez faire*, una religión exclusivista y maltrecha, un total desinterés por todos los problemas humanos generales, una desconfianza universal en la verdad y en la humanidad, y consiguientemente un universal aislamiento de los hombres en su “burda singularidad”, una caótica y desolada confusión de todas las relaciones vitales, una guerra de todos contra todos, una muerte espiritual general, la carencia de “alma”, es decir, de auténtica conciencia humana, una clase trabajadora incomparablemente fuerte en una opresión y en una miseria intolerables, en salvaje insatisfacción y rebelión contra el viejo orden social, y de ahí una amenazadora democracia que avanza imparable; por todas partes, el caos, desorden, anarquía, ruptura de los antiguos nexos de la sociedad, por todas partes, vacío espiritual, ausencia de pensamiento y de inercia. Esta es la situación inglesa. Hasta aquí (dejando de lado algunas expresiones que derivan del particularísimo punto de vista de Carlyle) tenemos que darle la razón en todo. Carlyle ha sido el único de entre la clase *respectable* que, cuando menos, ha mantenido los ojos abiertos a los hechos, cuando menos, ha comprendido exactamente el presente inmediato. Lo cual, realmente, no es poco para un inglés “culto”.

¿Cuáles son las perspectivas para el futuro? Las cosas no van a seguir siendo así, ni pueden, por otra parte, seguir así. Ya lo hemos visto. Carlyle, por la misión misma que ha asumido, no tiene ninguna píldora Morrison<sup>20</sup>, ninguna panacea universal para curar el mal de la sociedad. También en esto tiene razón. Toda filosofía social, hasta que no acaba proporcionando un par de proposiciones a modo de resultado final, hasta que no proporciona una píldora Morrison, resulta incompleta; no necesitamos tanto resultados cuanto *estudio*; los resultados carecen de valor sin el desarrollo que a ellos conduce, lo sabemos perfectamente desde Hegel, y los resultados son más nocivos que útiles cuando se establecen a partir de sí mismos, cuando no se constituyen, a su vez, en premisas de un desarrollo posterior. Pero, aunque sea temporalmente, los resultados tienen que asumir una forma determinada, a través del desarrollo, tienen que irse configurando a partir de un vago carácter indeterminado en pensamientos claros, de modo que, en líneas generales, en una nación tan meramente empírica como la inglesa, no puede evitarse la fórmula de “píldoras de Morrison”. Carlyle mismo, a pesar de haber dado cabida en sí a mucho de alemán, y quizá lo suficientemente lejano del craso empirismo, hubiera tenido al alcance de la mano alguna píldora si hubiese sido menos indeterminado y oscuro con respecto al porvenir.

De vez en cuando Carlyle declara que, mientras la humanidad persista en su ateísmo, todo va a resultar inútil e infructuoso, hasta que no haya recreado en sí misma su propia “alma”. No ya que vuelva a cristalizar con toda su antigua energía y fuerza vital el viejo catolicismo, o que tenga que mantenerse en pie la religión contemporánea; Carlyle sabe perfectamente que los ritos, dogmas, letanías y truenos del Sinaí no valen, que todos los truenos del Sinaí no hacen más cierta la verdad y que ya no aterrorizan a ningún hombre razonable, que ha desaparecido ya el miedo a la religión, sino que la religión misma tiene que volver a cristalizar de otra manera. Nosotros mismos podemos ver a dónde nos han llevado “dos siglos de gobierno ateo” (desde la “bendita” restauración de Carlos II)<sup>21</sup> igualmente tenemos que darnos cuenta de cómo ese ateísmo se va gastando y consumiendo. Pero ya hemos visto a qué llama ateísmo nuestro autor; no ya a la falta de fe en un Dios personal, sino a la falta de fe en la sustancialidad intrínseca, en el carácter infinito del universo, la falta de fe en la razón, el desesperar del espíritu y de la verdad;

---

<sup>20</sup> “Morrison’s Pills” conocida purga de la época.

<sup>21</sup> Carlos II (1630-1685), rey de Inglaterra y de Irlanda.

su lucha no se centra contra la falta de fe en la revelación de la Biblia, sino contra “la más espantosa falta de fe en la Biblia de la historia mundial”. Ese es el eterno libro divino en el que todo hombre, hasta que su alma y la luz de sus ojos se apagan, puede ver cómo escribe el dedo de Dios. Mofarse de esto constituye una falta de fe sin parangón, una falta de fe que deberá castigarse no con el fuego y la lluvia de sal, sino con la imposición de tener que callar hasta que no se tenga otra cosa más interesante que decir. ¿Por qué romper el feliz silencio con el estruendo rechinante? ¿Para poder gritar sólo esas cosas? Si el pasado no contiene en sí ninguna razón divina, sino sólo diabólica irracionalidad, olvidadlo para siempre jamás; a nosotros, que nuestros padres fueron todos ahorcados, mal nos cuadra charlar de huelgas. “La Inglaterra moderna no puede creer en la historia”. De todo lo existente, el ojo ve sólo aquello que puede aferrar con las facultades que le son intrínsecas. Un siglo ateo no puede comprender las épocas impregnadas de divinidad. En el pasado (en el medioevo) apenas si distingue una vacía discordia, el señorío universal de la fuerza bruta, y no distingue cómo, al final, coinciden fuerza y derecho, distingue únicamente la estupidez, una irracionalidad salvaje más adecuada a Bedlam<sup>22</sup> que al mundo humano. De donde se deriva, naturalmente, que idénticas cualidades deben continuar e imperar en nuestro tiempo. Millones de seres encerrados en Bastillas, viudas irlandesas que demuestran su propia humanidad a través del tifus; siempre ha sido así o peor: ¿Qué más queréis? ¿Qué ha sido la historia sino el testimonio de una absurda estupidez a través del triunfante charlatanismo? En el pasado no había ningún Dios, no había más que mecanicismo e ídolos caóticos y bestiales. ¿Cómo iba a poder el pobre “historiógrafo filósofo”, para el que su siglo está tan abandonado de Dios, “distinguir a Dios en el pasado”?

Sin embargo, nuestro siglo no está tan abandonado.

“Incluso en nuestra pobre y fragmentada Europa ¿es que no se han levantado en estos ultimísimos tiempos voces religiosas, que, a la antigua religión, unían una nueva, irresistible al corazón de todos los hombres? He conocido algunas de esas voces, de las que no se proclamaron ni llegaron a creerse profetas, pero en las que resonaba plenamente la verdad, naciendo del corazón eterno de la naturaleza, espíritus eternamente venerados por todos aquellos que poseen un alma. Una revolución francesa es un fenómeno; a modo de complemento y exponente suyo, también un poeta como Goethe y una literatura como la alemana son para mí un fenómeno. En la destrucción del viejo mundo profano o práctico por el fuego ¿no podemos ver acaso un presagio y el alba de un nuevo mundo espiritual, origen a su vez de nuevos mundos prácticos, con mucho, más nobles y más amplios? Una vida de antigua dedicación, de antigua verdad y antiguo heroísmo, vuelve a ser posible ahora. Para el hombre moderno aquí se hace visible un fenómeno que en su certeza no puede ser comparado con ningún otro. Existen los acordes de una nueva melodía celeste, y vuelven ahora a ser audibles a través de la jerga infinita y la disonancia de lo que se llama literatura.”

Goethe, el profeta de “la religión del porvenir” y su culto, el trabajo.

Efectivamente, existe en el trabajo una eterna nobleza. Sí, en el trabajo existe una santidad. Y por muy oscurecido que esté, por muy olvidado de su altísima misión, habría esperanza para el hombre, para un hombre que trabajase real y seriamente; en el ocio sólo encontramos la eterna desesperación. El trabajo, aún estando como está, tan degradado, sigue siendo un nexo con la naturaleza. El deseo que impulsa a ver terminado el propio trabajo será más y más la verdad y conducirá a las determinaciones y leyes de la naturaleza. El trabajo es de una importancia infinita. Gracias al trabajo el hombre se completa. Los charcos de agua estancada se remueven; y son sustituidos por campos

---

<sup>22</sup> El manicomio de Londres.

cultivados y ciudades fastuosas y, esto es lo más importante, el hombre mismo deja de ser un charco de agua estancada y un insano desierto. Reflexionad y comprobaréis que en la más ínfima especie de trabajo toda el alma del hombre se imbuje de una determinada armonía. Dudas, de deseos, angustias, inquietudes, ira, la misma desesperación, a modo de infernales cancerberos ocupan el alma del pobre asalariado y el de cualquier otro, pero cuando, libremente, se ciñe a su fatiga cotidiana, todos retroceden gruñendo a sus remotas guaridas. El hombre es ahora un hombre; el ardor sagrado del trabajo representa para él una especie de fuego purificador, en el que cualquier veneno o el peor tormento se disuelven en una limpia y sagrada llama. Bendito aquél que ha encontrado su trabajo: ya no necesita de más bendiciones. Tiene un trabajo, una finalidad en la vida; lo ha encontrado lo persigue, y ahora su vida recorre un cauce de libre curso, excavado en medio del pantano putrefacto de la necesidad en la existencia, desviando el agua muerta del junco más apartado, transformando el pantano pestilente en un vergel verde y fecundo. El trabajo es vida: en definitiva, no tienes más conciencia que la adquirida con el trabajo, lo demás es todo hipótesis, materia de discusiones escolásticas y especulaciones, agotada en vueltas y revueltas lógicas sin fin, mientras no la experimentemos o la fijemos. La acción resuelve cualquier tipo de dudas. Admirable resulta el principio enunciado por los antiguos monjes: *laborare est orare*, el trabajo es culto. Mucho más antiguo que cualquiera de los Evangelios predicados es ese otro Evangelio no predicado, no expresado pero imborrable: trabaja y busca satisfacciones en tu trabajo. ¿Acaso en lo íntimo de tu corazón no existe un espíritu activo y ordenador, una fuerza de trabajo, que quema como fuego dolorosamente ardiente, que no te deja en paz hasta que no lo despliegas, hasta que no cristaliza en los hechos de tu alrededor? Todo lo que es desorden, desierto, tienes que convertirlo en ordenado, regulado y cultivable, obediente a ti y para ti portador de frutos. Donde encuentres desorden, allí reside tu enemigo; atácalo impetuosamente, sojúzgalo; arráncalo del dominio del caos, ponlo bajo tu dominio, el dominio de la inteligencia y de la divinidad. Pero, sobre todo, allí donde encuentres ignorancia, estupidez o bestialidad, atácala, abátela, inteligente, infatigable, no descanses si vive mientras vives tú, golpea, golpea, en nombre de Dios: golpea. Trabaja mientras quede luz; cuando llega la noche nadie puede trabajar. Cualquier trabajo auténtico es sagrado; sudor del rostro, sudor de la mente y el corazón, incluidos los cálculos de Kepler, las meditaciones de Newton; todas las empresas heroicas que se cuentan, todas las ciencias, todo el heroísmo del mundo, el martirio, hasta aquella “lucha mortal del sudor cruento”, que todos los hombres han llamado divina. Si esto no es culto, entonces, vaya al diablo el culto. ¿Quién eres tú, que durante toda la vida te estás lamentando del duro trabajo? No te lamentes, el cielo es severo contigo, pero no te es hostil, una noble madre, como aquella madre espartana que entregó el escudo a su hijo: ¡Con esto o sobre esto! No te lamentes, los espartanos tampoco se lamentaban. En el mundo sólo existe un monstruo: el ocioso. ¿Cuál es su religión sino la de que la Naturaleza es un fantasma, Dios una mentira y mentira también el hombre y su vida?

Pero también el trabajo se ha precipitado en el torbellino salvaje del desorden y del caos, el principio purificador, clarificador, formativo ha llegado a ser presa de la confusión, del desorden y de la oscuridad. Todo esto nos remite a la cuestión fundamental: al porvenir del trabajo.

¿“Qué clase de trabajo será ese que nuestros amigos del continente, desde hace tiempo ya, y en forma absurda, andando un poco a tientas, llaman organización del trabajo”? Tenemos que quitárselo de las manos a los absurdos charlatanes y confiarlo a hombres valientes, inteligentes, trabajadores; hay que empezar inmediatamente, ponerlo en práctica y continuarlo, si Europa, o por lo menos Inglaterra, tiene intención de seguir siendo un lugar habitable. Si tenemos en cuenta a nuestros nobilísimos barones de las

leyes del trigo o a nuestros duques eclesiásticos o pastores de almas “con un mínimo de cuatro mil quinientas libras esterlinas anuales, indudablemente, nuestras esperanzas se vienen abajo. Pero ¡valor! todavía quedan muchos hombres honestos en Inglaterra. Tú, indomable Lord de la industria, ¿acaso no te queda un poco de esperanza? Hasta hoy fuiste un bucanero, pero en ese severo entrecejo, en ese indomable corazón que sojuzga el algodón ¿no existen otras victorias, diez veces más nobles?” “Mirad a vuestro alrededor, vuestros ejércitos de todo el mundo han sido presa del amotinamiento, del desorden y la indisciplina; es el crepúsculo de la locura. Ya no quieren marchar hacia adelante según el principio de los seis *pence* al día y de la oferta y la demanda; ya no quieren y, además, están en su derecho. Todos se precipitan en la locura de la venganza; sed vosotros también más razonables. Estos hombres ya no volverán a marchar como una muchedumbre desordenada y molesta, sino como una masa compacta, con auténticos jefes a su frente. Todos los intereses humanos, todas las empresas sociales, al llegar a cierto grado de desarrollo tienen que organizarse, y hoy, el mayor de los intereses humanos, el trabajo, exige organización.”

Para poner en práctica esa organización, para colocar una guía auténtica y un verdadero gobierno en el lugar de los falsos, Carlyle exige “una auténtica aristocracia”, “un culto a los héroes”, y plantea como problema importante el de encontrar los “aristos”, los mejores, cuya guía pueda hacer, confluír la inevitable democracia con la necesaria soberanía.

De los párrafos citados se deduce con suficiente claridad el punto de vista de Carlyle. Toda su concepción es panteísta, y panteísta en el sentido alemán de la palabra, los ingleses no son panteístas sino escépticos; el resultado de toda la filosofía inglesa es la resolución de la desesperanza en la razón, la incapacidad confesada, las contradicciones en las que cae; en última instancia y, consecuentemente, por un lado, una vuelta a la fe, por otro la dedicación a la pura praxis, sin volverse a preocupar de la metafísica y similares. Por lo tanto, Carlyle, con su panteísmo derivado de la literatura alemana, en Inglaterra, constituye un auténtico “fenómeno”, un fenómeno bastante incomprensible para los prácticos y escépticos ingleses. La gente le mira con asombro, habla de “misticismo alemán”, de una lengua inglesa deformada; otros afirman que detrás de todo eso hay algo más, que, a pesar de lo insólito de su lengua, no deja de ser bella, que es un profeta, etc. Pero, en definitiva, nadie sabe qué hacer con todo eso.

Para nosotros alemanes, que conocemos perfectamente las premisas del punto de vista de Carlyle, la cosa está bastante clara. Por una parte, restos de romanticismo *tory* y concepciones humanistas tomadas de Goethe, por otra, la Inglaterra escéptica y empírica; estos factores bastan para deducir toda la concepción del mundo de Carlyle. Como todos los panteístas, Carlyle, todavía no ha salido de la contradicción, y en él, el dualismo resulta tanto más grave cuanto que, desde luego, conoce la literatura alemana, pero no su complemento indispensable: la filosofía alemana, de manera que todas sus opiniones son inmediatas, intuitivas, más schellinguianas que hegelianas. En realidad, Carlyle tiene una gran cantidad de puntos en común con Schelling (pero con el viejo Schelling, no con el Schelling de la revelación<sup>23</sup>). Su concepción, como la de Strauss, es igualmente panteísta, coincide con él en el “culto al héroe” o “culto al genio”.

En los últimos tiempos, la crítica al panteísmo se ha realizado en Alemania en forma tan exhaustiva que poco nos queda ya que decir al respecto. Las *Tesis* de Feuerbach en los *Anekdotas*<sup>24</sup> y los escritos de Bruno Bauer contienen todo lo que a ello se refiere. De modo que nosotros podemos ahora limitarnos a extraer las conclusiones del punto de

---

<sup>23</sup> Alusión a la “filosofía de la revelación” de Schelling, ya criticada por Engels en otros escritos anteriores.

<sup>24</sup> Cfr. Ludwing FEUERBACH, *Vorläufige Thesen zur Reformation der Philosophie*, en *Anekdotas zur neuesten deutschen Philosophie und Publizistik*. Zurich und Winterthur, 1843, vol II, pp. 62 y sgs.

vista de Carlyle, y mostrar cómo, en el fondo, no se trata más que de una introducción al punto de vista de dicha revista.

Carlyle lamenta el vacío y el carácter insípido de nuestro siglo, la completa corrupción de todas nuestras instituciones sociales. La acusación es justa. Pero la mera acusación no aporta nada y nada concluye. Para remediar el mal es preciso remitirse al origen; y si Carlyle lo hubiese hecho habría encontrado que ese desorden y ese vacío, esa “falta de alma” tienen su fundamento en la misma religión. Por su naturaleza, la religión es la pérdida por parte del hombre y la naturaleza de todo contenido, la trasposición de ese contenido en el fantasma de un Dios sobrenatural, el cual, después a su vez, concede, graciosamente, a los hombres y a la naturaleza un poco de su sobreabundancia. Mientras la fe en ese fantasma sobrenatural se mantenga viva y robusta, por ese camino indirecto, al menos, el hombre logra hacerse con algún contenido. La inquebrantable fe del Medioevo confirió a toda la época una notable energía que no venía de fuera, sino que existía ya en la naturaleza humana, si bien en forma inconsciente, todavía sin desarrollar. La fe se fue debilitando poco a poco, la religión se separó de la nueva cultura, pero el hombre todavía seguía sin darse cuenta de haber adorado y divinizado su propia esencia como una esencia extraña. En tal estado de inconsciencia y al mismo tiempo de incredulidad, el hombre no puede tener contenido alguno, así el hombre *tiene que* desesperar de la verdad, de la razón y de la naturaleza, y ese vacío y esa falta de contenido, el desesperar de los hechos eternos del universo, durarán hasta que la humanidad comprenda que la esencia que ha adorado como divinidad es su misma esencia, hasta el momento desconocida, hasta que ¿pero para qué seguir copiando a Feuerbach?

El vacío ha existido durante mucho tiempo, porque la religión es el acto del autovaciamiento del hombre. ¿Y os maravilláis hoy de que, una vez palidecida la púrpura de la que se amamantaba, disipada la niebla que le circundaba, surja la luz del sol para aterrorizaros?

Además, Carlyle (y esta es la consecuencia inmediata de todo lo anterior) acusa a nuestro siglo de hipocresía y mentira. Es natural, el vacío y la falta de sustancia tienen que estar convenientemente enmascarados y sostenidos con ornamentos, trajes embutidos y armaduras de huesos de ballena. También nosotros atacamos la hipocresía de nuestro mundo cristiano contemporáneo, la lucha contra esa hipocresía, nuestra liberación de esa hipocresía y la liberación del mundo constituyen también nuestro empeño; pero puesto que a través del desarrollo de la filosofía hemos llegado a reconocer dicha hipocresía, y puesto que llevamos a cabo nuestra lucha de una manera científica, la esencia de esa hipocresía, a nosotros, no nos resulta, por lo general, ni tan extraña ni tan incomprensible como a Carlyle. También nosotros remitimos la hipocresía a la religión, cuya primera palabra es ya una mentira. ¿Acaso la religión no se inicia mostrándonos algo humano, afirmando, por el contrario, que se trata de algo sobrenatural y divino? Pero, puesto que sabemos que toda esa mentira e inmoralidad deriva de la religión, que la hipocresía religiosa, la teología, es el modelo original de cualquier otra mentira e hipocresía, queda justificada la extensión del nombre de teología a todo el conjunto de falsedades e hipocresías del presente, como hicieron los primeros Bruno Bauer y Feuerbach. Carlyle tendría que leer sus obras para enterarse de dónde proviene la inmoralidad que infecta todas nuestras relaciones.

Habría que fundar y esperar una nueva religión, un culto panteísta a los héroes, un culto al trabajo: imposible. Todas las posibilidades de la religión se han agotado ya; después del cristianismo, después de la religión absoluta, es decir, abstracta, después de “la religión es cuanto tal” ya no puede surgir ninguna otra forma de religión. El mismo Carlyle comprende cómo el cristianismo, católico, protestante, o en cualquier otra forma que se presente se encuentra irremisiblemente condenado a la periclitación; si conociese

la naturaleza del cristianismo, se daría cuenta de que, después del cristianismo, ya no es posible ninguna otra religión. Ni siquiera el panteísmo. El panteísmo, a su vez, es una consecuencia del cristianismo, inseparable de su presupuesto: al menos el panteísmo moderno, espinosiano, schellinguiano, hegeliano, e incluso el de Carlyle. Una vez más Feuerbach me dispensa del trabajo de proporcionar aquí la demostración.

Como ya hemos dicho, también nosotros tenemos la obligación de combatir la inestabilidad, el vacío interior, la muerte espiritual, la falta de verdad de nuestro siglo; nosotros estamos empeñados en una lucha a muerte contra todo esto, lo mismo que Carlyle, pero tenemos bastantes más probabilidades de éxito que él, porque sabemos perfectamente lo que queremos. Queremos suprimir el ateísmo, tal como se le presenta a Carlyle, restituyendo al hombre ese contenido que había perdido a causa de la religión, pero no como un contenido divino, sino humano; y esa restitución en el fondo no es más que el resurgimiento de la autoconciencia. Pretendemos remover todo lo que se proclama sobrenatural y sobrehumano, haciendo así imposible la falta de verdad, porque la pretensión de lo humano y de lo natural de llegar a ser sobrehumano y sobrenatural es la raíz de toda falsedad y mentira. Precisamente por eso hemos declarado la guerra de una vez para siempre a la religión y a las representaciones religiosas, y poco nos preocupa que se nos llame ateos o cosas parecidas. Por lo demás, la definición de ateísmo dada por Feuerbach, sí es exacta: los auténticos ateos son los cristianos y no nosotros. Nosotros no pretendemos atacar “los hechos eternos del universo”; por el contrario, lo que hemos hecho ha sido darles un fundamento real, al demostrar su eternidad y al ponerles al reparo del omnipotente arbitrio de una divinidad que se contradice a sí misma. Nosotros no pretendemos afirmar que “el mundo, el hombre y su vida” sean una “mentira”; por el contrario, son nuestros adversarios cristianos los que ponen en práctica esa inmoralidad, ya que consideran al mundo y al hombre dependientes de la gracia de un Dios, el cual, en realidad, ha sido creado exclusivamente a través del reflejo del hombre en la desierta Hilo de su misma conciencia no desarrollada. Nosotros no pretendemos dudar de la “revelación de la historia” o despreciarla; para nosotros la historia es uno y todo, y la tenemos en cuenta más que cualquier corriente filosófica anterior, más que el mismo Hegel, al cual, en definitiva, la historia servía únicamente de prueba para su ejemplo lógico de cálculo.

El escarnio con respecto a la historia, el desprecio en relación con el desarrollo de la humanidad pertenece enteramente a la parte contraria; son los cristianos los que nuevamente, al “construir una historia del reino de Dios”, impugnan la esencia interior de la historia real, y toman en consideración tal esencia únicamente para aquella su historia sobrenatural, abstracta y, además, inventada; ellos son los que a través del perfeccionamiento de la especie humana en su Cristo, imponen a la historia un fin imaginario, ellos son quienes la interrumpen a la mitad de su curso y, en aras de la coherencia, tienen que calificar de vacío sin sentido, y de simple inanidad los dieciocho siglos seguidos. Nosotros somos los que reclamamos el contenido de la historia, pero nosotros vemos en la historia la revelación no ya de “Dios”, sino del hombre y sólo del hombre. Para entender la maravilla de la naturaleza humana, para reconocer el desarrollo de la especie en la historia, su irresistible progreso, su victoria siempre cierta sobre la irracionalidad de lo singular, su superación de toda la aparente sobrehumanidad, su dura pero victoriosa lucha contra la naturaleza para lograr la libre autoconciencia humana, el reconocimiento de la unidad de hombre y naturaleza así como la libre, autónoma creación de un mundo nuevo basado en las relaciones humanas y morales de la vida, para reconocer todo esto en toda su grandeza, nosotros no necesitamos evocar en primer lugar la abstracción de un “Dios” y atribuirle a él, la belleza, la grandeza, el carácter sublime y la humanidad auténtica; no tenemos ninguna necesidad de ese camino indirecto, no necesitamos imprimir en primer lugar a la verdadera humanidad la huella de lo divino,

para estar seguros de su grandeza y de su carácter sublime. Contrariamente, cuanto más “divina” resulta alguna cosa, es decir, inhumana, mucho menos podremos admirarla. Sólo el origen *humano* del contenido nos merece algún respeto; sólo la consciencia de que hasta la más estúpida idolatría contiene, sin embargo, en el fondo, las eternas disposiciones de la naturaleza humana, si bien en forma desfigurada y desnaturalizada, sólo esa consciencia salva la historia de la religión, y especialmente la del Medioevo, del repudio total y el oprobio *eterno*; mientras que esa es la suerte de la historia “impregnada de divinidad”. Cuanto más “divina”, más inhumana, más bestial, y el “divino” Medioevo produjo en realidad la perfección de la bestialidad humana, la servidumbre de la gleba, el *jus primae noctis*, etc. La *irreligiosidad* de nuestro tiempo, de la que tanto se lamenta Carlyle, es precisamente su “plenitud de divinidad”. De todo esto resultará claro porque más arriba definí el hombre como la solución del enigma de la Esfinge. Hasta hoy la cuestión planteada era: ¿Qué es Dios? La filosofía alemana ha resuelto esa cuestión de la siguiente manera: Dios es el hombre. Lo que tiene ahora que hacer el hombre es reconocerse a sí mismo, medir las cosas con respecto a sí mismo, juzgar de acuerdo con su naturaleza, ordenar el mundo según las exigencias de su naturaleza verdaderamente humana, y de esa manera habrá resuelto el enigma de nuestro tiempo. No en regiones ultramundanas, carentes de existencia, no más allá del tiempo o del espacio, no en un “Dios” inmanente al mundo o contrapuesto a él tenemos que encontrar la verdad, sino mucho más cerca, en el pecho del mismo hombre. La peculiar naturaleza es bastante más espléndida y sublime que la naturaleza imaginaria de todas las eventuales “divinidades”, las cuales, en realidad no son más que una copia, más o menos oscura y desnaturalizada del hombre mismo. De modo que cuando Carlyle, siguiendo a Ben Jonson dice que el hombre ha perdido su alma y ahora empieza a darse cuenta de dicha pérdida, tendría que decir, para expresar exactamente su pensamiento: en la religión el hombre ha perdido su propia naturaleza, se ha despojado de su humanidad, y se da cuenta ahora, después de que la religión, a través del progreso de la historia empieza a vacilar, de su vacío y de su inestabilidad. Pero no existe otra salvación, el hombre no puede volver a hacerse con su humanidad y su naturaleza más que a través de una gradual superación de todas las representaciones religiosas y de una decidida vuelta, escueta, no a “Dios”, sino a sí mismo.

Todo esto está ya en Goethe, en el “profeta”, y quien tenga los ojos abiertos puede leerlo. A Goethe no le gustaba ocuparse de “Dios”; la misma palabra le resultaba fastidiosa, Goethe se sentía a gusto sólo en lo humano, y esa humanidad, esa emancipación del arte de los grilletes de la religión constituye precisamente la grandeza de Goethe. Ni los antiguos, ni Shakespeare pueden compararse con él desde este punto de vista. Pero esa humanidad acabada, esa superación del dualismo religioso resultará comprensible en toda su importancia histórica sólo para quien no le sea extraño el otro lado del desarrollo de la nación alemana, la filosofía. Lo que Goethe sólo podía expresar inmediatamente, por lo tanto, y en cierto sentido, “proféticamente”, está desarrollado y justificado en la novísima filosofía alemana. Carlyle también cuenta con las premisas que coherentemente, tienen que conducirlo al punto de vista arriba desarrollado. El mismo panteísmo no es sino el primer estadio hacia una concepción más libre, más humana. La historia que Carlyle pone como la auténtica y verdadera “revelación”, contiene sólo precisamente, lo humano, y sólo mediante un acto de violencia puede sustraer su contenido a la humanidad y atribuirlo a un “Dios”. El trabajo, la actividad libre, en la que Carlyle ve al mismo tiempo un “culto”, es, otra vez, un hecho puramente humano, y sólo con la violencia puede ponerse en relación con “Dios”. ¿Por qué motivo poner siempre en primer plano una palabra que, en el mejor de los casos, lo único que expresa es la infinidad de la inmediatez, y además de eso mantiene la apariencia del dualismo? ¿Una

palabra que, en sí misma, es la proclamación de la nulidad de la naturaleza y de la humanidad?

Esto por lo que se refiere al lado interior, religioso del punto de vista de Carlyle. El juicio acerca de lo que llamamos lado exterior, es decir, político-social, se enlaza con él de forma inmediata; Carlyle tiene todavía suficiente religión como para permanecer en una condición de libertad; el panteísmo reconoce siempre algo más alto que el hombre en cuanto tal. De ahí su anhelo de una “auténtica aristocracia”, de unos “héroes”; como si los héroes, en el mejor de los casos, fuesen algo más que hombres. Si Carlyle hubiese comprendido al hombre en cuanto hombre, en toda su infinitud, no hubiera llegado a pensar en dividir nuevamente la humanidad en dos grupos, ovejas y corderos, regentes y súbditos, aristócratas y plebeyos, señores y pobres diablos, hubiera encontrado la posición exacta del talento no en el gobierno por la violencia, sino en el estímulo y en la guía. El Talento tiene que convencer a la masa de la verdad de las ideas propias, para que no tenga que lamentarse cuando las ponga en práctica. En realidad, la humanidad no da el paso hacia la democracia sólo para después volver a su punto de origen. Por lo demás, lo que Carlyle dice de la democracia deja muy poco que desear, si excluimos lo que apuntábamos un poco más arriba, es decir, la falta de claridad con respecto a la meta final, el objetivo de la democracia moderna. Sustancialmente, la democracia no es más que un lugar de paso, pero no hacia una nueva y mejor aristocracia, sino más bien hacia la libertad real del hombre; del mismo modo que la irreligiosidad de la época conducirá finalmente a la completa emancipación de todo aquello que es religioso, sobrehumano, sobrenatural, pero nunca a su restauración.

Carlyle reconoce la insuficiencia de la “competencia, demanda” y “oferta, mammonismo”, etc., y está muy lejos de afirmar la absoluta justificación de la propiedad de la tierra. ¿A qué se debe, entonces, que no haya extraído la sencilla conclusión de todas estas premisas rechazando la propiedad en general? La “organización del trabajo” no puede modificar en nada esa situación, mejor dicho, ni siquiera puede llevarse a la práctica sin una identidad de intereses. ¿Por qué entonces, no ha procedido consecuentemente, y no ha proclamado la identidad de los intereses como la única condición humana, dando al traste así con todas las dificultades, con todo lo indeterminado y con toda oscuridad?

En todos sus lamentos, Carlyle no nombra ni siquiera una sola vez a los socialistas ingleses. Mientras siga con sus actuales puntos de vista, sin duda alguna, bastante más avanzados que los del resto de los ingleses cultos, pero siempre abstractos y teóricos, desde luego que no podrá ponerse de acuerdo con sus esfuerzos. Los socialistas ingleses son eminentemente prácticos, y por lo tanto proponen medidas, colonización de la patria<sup>25</sup>, etc., de una forma que viene a ser una especie de “píldoras Morrison”; su filosofía es rígidamente inglesa, escéptica, es decir, dudan de la teoría y se atienen al materialismo en lo que a la praxis se refiere, materialismo sobre el que está basado todo el sistema social. Todo esto no creo que le haga mucha gracia a Carlyle, y sin embargo se muestra tan unilateral como todos ellos. Uno y otros han superado la contradicción exclusivamente *en el interior* de la contradicción; los socialistas en el interior de la praxis, Carlyle en el interior de la teoría; y también aquí de forma inmediata, mientras que los socialistas han superado la contradicción práctica, decidida y conscientemente. De hecho, los socialistas siguen siendo ingleses, mientras que lo que tendrían que hacer es limitarse a ser solamente hombres; de todo el desarrollo filosófico del continente sólo conocen el materialismo, ni siquiera la filosofía alemana: este es su defecto y sólo lograrán colmar esa laguna suprimiendo las diferencias nacionales. En cualquier caso, constituyen el único

---

<sup>25</sup> “Kolonisation der Heimat” en el texto original; Owen había llamado *Home-Colonies* a sus sociedades modelo organizadas en forma comunista.

partido en Inglaterra con cierto futuro, si bien, por el momento son proporcionalmente débiles. El Cartismo y la democracia tendrán que coincidir rápidamente, y entonces a toda la masa de los trabajadores ingleses no les quedará otro remedio que elegir entre morirse de hambre y el socialismo.

La ignorancia de la filosofía alemana no puede dejar indiferente a Carlyle ni a su punto de vista. Por su parte es un teórico alemán y, sin embargo, su carácter nacional le impulsa hacia el empirismo; Carlyle se debate en una clamorosa contradicción que sólo puede resolverse desarrollando el punto de vista alemán-teórico hasta sus últimas consecuencias, hasta su total conciliación con la experiencia. Carlyle tiene que dar todavía un sólo paso, pero como ha demostrado toda la historia de Alemania, se trata de un paso difícil, para superar la contradicción en la que se debate. Augurémenos que lo dé, y aunque no es joven, seguro que lo conseguirá, porque el progreso demostrado en su último libro indica lo abierto que se encuentra al desarrollo.

Este libro de Carlyle es diez veces más digno de ser traducido al alemán que no toda la retahíla de novelas que todos los días y a todas horas suelen importarse en Alemania, de modo que no puedo dejar de aconsejar su traducción. Pero que no se precipiten nuestros traductores de profesión. Carlyle escribe un inglés singular, y un traductor que no conozca perfectamente la lengua inglesa obtendría los más ridículos resultados.

Después de esta introducción un poco general, en los próximos números de esta revista<sup>26</sup> intentaré profundizar más en la situación inglesa y en su problema central, la situación de la clase trabajadora. La situación inglesa es de inconmensurable importancia para la historia y para todos los países: efectivamente, en lo que a las relaciones sociales se refiere, Inglaterra es, con mucho, el más adelantado de entre todos los países.

Edicions Internacionals Sedov  
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>26</sup> Los otros dos escritos sobre la situación en Inglaterra se publicaron como dos series de artículos en el *Vorwärts!* De París. Cfr. *Die Lage Englands I. Das achzehnte Jahrhundert* (El siglo XVIII), en *Vorwärts!* París nn. To del 31 de agosto, 72 del 7 de septiembre y 73 del 11 de septiembre de 1844; y *Die Lage Englands. II. Die englische Konstitution* (La constitución inglesa), *ivi*, nn. 75 del 18 de septiembre, 76 del 21 de septiembre, 77 del 25 de septiembre, 78 del 28 de septiembre, 80 del 5 de octubre, 83 del 16 de octubre y 84 del 19 de octubre de 1844.